

die será poderoso á resistirnos. — Sed cierto, hermano, le respondió el emperador maravillado de aquel lenguaje, que no tengo voluntad de buscar enemigos ni de alzarme con lo ajeno. En lo que decís de ser el papa bullicioso y los venecianos amigos de turcos, bien sabéis cuán poco les debo, y que en nada se han mostrado aficionados á mis cosas, y que han sido mas vuestros que míos. Mas esto no obstante, me parece que si en algo ellos se atrevieron contra la fe y contra nosotros, será bien avisarlos, mas no destruirlos: si no quisieren conformarse, ni vos ni yo nacimos para ser verdugos de los vicios del papa y venecianos. » Al oír esta respuesta del emperador, cortó discretamente la plática el francés diciendo: «Teneis razon: no hablemos mas de guerra, puesto que Dios nos tiene en paz. » ¡Quién creyera entonces que el rey Cristianísimo había de ser despues aliado del turco contra el emperador y contra el jefe de la Iglesia!

El día en que habían de despedirse ya para regresar Francisco á su reino, caminaban juntos en una litera por las cercanías de Madrid aquellos dos soberanos para quienes parecia ser estrecho el mundo, y cuando llegó la hora de separarse: «Acordaos, hermano, le dijo el emperador, de lo que conmigo habeis capitulado. — Tanto me acuerdo, respondió Francisco, que os puedo decir todos los capitulos de memoria sin faltar una letra. — Pues que tan presente lo habeis, decidme: ¿teneis voluntad de cumplirlo, ó hallais alguna dificultad? Porque si en esto hubiere alguna duda, seria tornar á las enemistades de nuevo. — No solo tengo voluntad de cumplirlo, contestó el francés, sino que no habrá en mi reino quien me lo pueda estorbar: y si otra cosa en mi vieraís, consiento que me tengais por bellaco y vil (*lasche et mechant*). — Lo mismo quiero que digais de mí, repuso el emperador, si no os diere libertad. Una sola cosa os pido, y es que si en algo me habeis de engañar, no sea en lo que toca á mi hermana y vuestra esposa, porque seria injuria que no podria dejar de sentir y vengar. »

Con esto se hicieron una cortesía y se despidieron diciendo: «Dios vaya, hermano, en vuestra guarda. » Y el emperador tomó el camino de Illescas, y el rey el de Madrid para dirigirse desde aquí á Fuenterrabía y á Francia. Empezó, pues, su viaje (21 de febrero), acompañado del virey Lannoy, del capitán Alarcon y de otros caballeros. El condestable don Niño de Velasco había de conducir á la reina doña Leonor hasta Vitoria, para ponerla en Francia tan luego como estuviesen entregados los rehenes y se hubiesen ratificado los capitulos de Madrid.

Mientras el prisionero de Pavia se encaminaba á la frontera de su reino con el ánsia de recobrar su libertad, el emperador, que había condescendido con los deseos manifestados por las cortes de Castilla de enlazarse en matrimonio con su sobrina la infanta doña Isabel de Portugal, hija del difunto rey don Manuel, pasó á Sevilla á celebrar sus bodas, que se solemnizaron con suntuosas fiestas (11 de marzo, 1526), y con todo el brillo y ostentación que era de esperar de la alegría y el gusto que este enlace causó en ambos reinos (1).

Al llegar el rey Francisco con su comitiva (18 de marzo) á la orilla del Bidasoa, que por la parte de Fuenterrabía divide los dos reinos de España y Francia, puestos anticipadamente de acuerdo para el acto y ceremonia de la entrega con la reina Luisa su madre, gobernadora de la Francia, y con arreglo al ceremonial que Francisco y Lannoy habían formulado en Aranda de Duero (26 de febrero) y en San Sebastian, se dió

(1) Los portugueses mostraron bien su satisfacción en el hecho de haber dado á la princesa Isabel el cuantioso dote de novecientos mil ducados. El obispo Sandoval refiere minuciosamente las magníficas fiestas que con motivo de estas bodas se hicieron en Sevilla, y copia y traduce todos los versos latinos que en alabanza del César se pusieron en los arcos triunfales. Hist. de Carlos V, lib. XIV, párr. 9.

principio á aquel acto sublime de la manera siguiente (2). En medio del río y á igual distancia de ambas riberas se colocó y amarró con anclas una gran lancha. A las dos márgenes, y frente unos de otros, se colocaron de la parte de España el rey Francisco con Lannoy y Alarcon, de la de Francia los dos hijos del rey, el delfín y el duque de Angulema, Enrique, con el almirante Lautrec, unos y otros con igual número de caballeros y soldados. A un mismo tiempo partieron de las dos opuestas orillas y en dos botes iguales, Lannoy con el rey Francisco y doce caballeros españoles, y Lautrec con los dos príncipes y doce caballeros franceses, y bogando á compás los remeros de uno y otro bote llegaron simultáneamente á la barca anclada en medio del río. Saltaron á ella unos y otros. Los príncipes se acercaron á besar la mano á su padre, que les correspondió con un abrazo, y lo mismo hicieron los demás franceses. Señor, dijo entonces el virey Lannoy, *ya estais en vuestra libertad: cumpla agora V. A. como buen rey lo que ha prometido. — Todo se guardará cumplidamente*, respondió el rey. Y hecha la entrega, y pasando los príncipes á la barca de los españoles, y el rey á la de los franceses trasladáronse á las respectivas márgenes de España y de Francia. El acto se concluyó á las tres de la tarde del 18 de marzo, al año y algunos días de la batalla de Pavia.

Tan pronto como el rey Francisco pisó el suelo de la Francia, montó en un caballo turco que se le tenía preparado, y apretándole las espuelas se dió á correr gritando: *¡Todavía soy rey! ¡Je suis encore roi!* y galopando llegó hasta San Juan de Luz, donde le esperaba la reina su madre con toda la corte. De allí prosiguieron sin detenerse á Bayona, desde donde el rey hizo muy vivas reclamaciones para que le fuera enviada luego su esposa; mas como se esperase en vano la ratificación del tratado de Madrid que se había obligado á hacer tan pronto como se viera libre en su reino, y como la reina doña Leonor no había de ser llevada á Francia hasta que esto se cumpliera, el condestable de Castilla que la acompañaba en Vitoria volvióse con ella á Burgos, con arreglo á las instrucciones que había recibido del emperador. Los príncipes franceses fueron en el principio puestos bajo buena guarda en la fortaleza de Villalva de Alcor; y el virey Lannoy, que infructuosamente había seguido al rey Francisco hasta Bayona, requiriéndole que confirmara la concordia de Madrid, recibió orden del emperador para que se volviese á Castilla. El rey prosiguió á Paris, sin haber ratificado la concordia, so pretexto de tener que someterla á la aprobación del parlamento y del reino (3).

Aunque hoy ya no nos constasen, adivinariase fácilmente los graves acontecimientos y las funestas complicaciones que naturalmente habían de producir el duro comportamiento del emperador con el rey prisionero, la artificiosa conducta de Francisco para recuperar su libertad, la protesta subrepticia á la concordia de Madrid, la falta de cumplimiento del tratado, y la enemiga que naturalmente se había de reproducir con mas furor entre los dos soberanos rivales, que parecían destinados á traer perpetuamente conmovida la Europa.

(2) Ceremonial convenido para el acto de la libertad del rey. Colección de documentos, núm. 243, pág. 510.

(3) Colección de documentos relativos á la cautividad de Francisco I, —MS. de Gonzalo de Oviedo, en la Biblioteca nacional. — Documentos de la casa de Haro, que originales vió Sandoval, y á que se refiere en el libro XIV de su Historia. — Dormer, Anales de Aragon, lib. II. — Ulloa, Vida del emperador Carlos V. — Robertson, Hist. del Emperador, lib. IV. En la citada Colección de documentos hecha de orden del rey de Francia y publicada en 1847, hay multitud de poesías líricas compuestas por el rey Francisco I durante su prision en Italia y en Madrid, algunas de las cuales sin duda no carecen de mérito, y aun las comparan los franceses á las de su maestro Clemente Marot. Lo que podemos nosotros decir es que, á juzgar por el número de sus composiciones, la musa de Francisco I era por lo menos fecunda.

CAPÍTULO XII

ITALIA

Memorable asalto y saqueo de Roma

DE 1525 Á 1527

Sensación que produjo en Italia la traslación de Francisco I á Madrid. — Quejas y enojo de los generales Borbon y Pescara contra el virey Lannoy. — Planes del canceller Moron. — Intenta libertar la Italia de la dominación española. — Induce á ello al marqués de Pescara. — Vacila el marqués. — Resuelve denunciarle. — Artificio que usó para descubrir y prender á Moron. — Sitia Pescara al duque de Milan. — Muerte del marqués de Pescara. — Sucédele el duque de Borbon. — Conducta de Francisco I despues de su rescate. — Niégase á cumplir el tratado de Madrid. — Confederación contra Carlos V: la Liga Santa: tratado de Cognac. — Refuerza el emperador el ejército de Italia. — Inacción de Francisco I: compromete á los aliados: triunfo de los imperiales en Milan. — Conjuración contra el papa: entrada de los conjurados en Roma: prision del pontífice: condiciones con que recobró su libertad. — Escaseces y apuros de los imperiales en Lombardia: terribles medidas del duque de Borbon: crítica y desesperada situación del país y del ejército. — Arroja y funesta marcha de Borbon contra Roma. — Imprudente confianza del pontífice. — Asalto de Roma por los imperiales: muerte de Borbon: entrada y saqueo horrible de Roma: escándalos, sacrilegios, crímenes inauditos. — Prision del papa Clemente. — Manifiesto de Carlos V á los príncipes sobre el asalto y saqueo de Roma. — Manda hacer rogativas por la libertad del papa. — El papa sigue cautivo. — Conjuración europea contra el emperador. — Anuncio de nuevas guerras.

Durante el cautiverio del rey de Francia en Madrid habían pasado en Italia acontecimientos importantes, y fraguábase en secreto una terrible trama contra el emperador. Ya indicamos en el anterior capítulo cuán bien había sabido explotar la reina Luisa de Saboya, madre de Francisco I y regente de Francia, los celos que al papa, á los venecianos y al rey de Inglaterra inspiraba el excesivo engrandecimiento y el asombroso poder del rey de España y emperador de Alemania, y cómo se habían ido desviando los que antes habían sido sus mas eficaces auxiliares y sus mas útiles amigos.

Por otra parte, el bullicioso canceller de Milan Jerónimo Moron, una vez expulsados los franceses de este ducado, mirábalos ya con menos enemiga y encono; y las onerosas condiciones y las reservas con que el emperador, despues de mucho trabajo accedió á otorgar la investidura del señorío de Milan al duque Sforza, en cuyo nombre se había conquistado, le hicieron sospechar y calcular que si á Carlos le diera tentación de agregar el Milanesado al reino de Nápoles, corría gran riesgo de que viniera á su poder toda la Italia. Libertar la Italia del yugo extranjero era tiempo hacia el pensamiento favorito de los políticos italianos, y emanciparla de la dominación de los españoles era la empresa que se le representaba mas gloriosa al canceller Moron, ya que tanta parte le había cabido en la expulsión de los franceses. A este designio encaiminó sus planes, y no tardó en presentársele una ocasión que le parecia muy oportuna.

La traslación de Francisco I á Madrid, hecha por el virey Lannoy secretamente y sin dar conocimiento de ella ni al duque de Borbon ni al marqués de Pescara, resintió altamente y ofendió el amor propio de estos dos generales, á cuyo esfuerzo se había debido principalmente el triunfo de Pavia. Borbon se vino, como hemos visto, lo mas pronto que pudo á Madrid, receloso de que Lannoy pudiera perjudicarle en sus intereses. Hicieronse aquí Borbon y Lannoy mutuas y muy duras recriminaciones á la presencia misma del emperador. El de Pescara quedó al frente del ejército, tronando contra el virey y blasfemando de su solapada acción, resentido además y quejoso del emperador porque no le había premiado tan cumplidamente como creía merecer por sus servicios. Este descontento y enojo del vencedor de Pavia fué el que se propuso el intrigante Moron utilizar para sus planes. Con mucha maña le inflamaba en su resentimiento, y le avivaba los celos que ya le daban las preferencias del emperador hácia Lannoy, permitiéndole que dispusiera del monarca francés, siendo el de Pescara el caudillo á cuya dirección y bizarría se debió el triunfo de Pavia y la prision del rey.

Con mucha sagacidad le fué Moron insinuando la idea de que la mejor venganza de tales agravios, y al propio tiempo el mejor camino para ganar gloria inmortal seria erigirse en libertador de su patria, sacudiendo el yugo de la dominación extranjera; que á él mas que á nadie correspondia llevar á cabo empresa tan generosa y noble; que á tan grandioso designio le ayudarían con decisión todos los pueblos; que él podria ser el alma de la liga secreta que se estaba formando entre el papa, Venecia, Florencia, Milan y la gobernadora de Francia, Luisa de Saboya; y que siendo el reino de Nápoles feudo de la Santa Sede, podia estar cierto de que los aliados le darian con gusto aquella corona, y con no menos satisfacción le otorgaria el pontífice la investidura.

Tentadora era la perspectiva para un genio ambicioso como el de Pescara, y para un hombre que, como él, se mostraba quejoso por sentirse mal remunerado. Suspenso se quedó al pronto, sin dar respuesta categórica, como quien fluctuaba entre la idea risueña de un porvenir brillante y la infamia de la traición que para ello necesitaba cometer. Por si se decidía á seguir las inspiraciones de Moron, quiso descargar su conciencia oyendo el parecer de hombres doctos, á quienes consultó, «si podia un vasallo levantarse legítimamente contra su señor inmediato por obedecer al señor feudal. » Los teólogos y letrados de Milan y Roma contestaron afirmativamente, que para todo hallaba favorable solución la jurisprudencia de los casuistas de aquel tiempo. Pero reflexionó de nuevo, y bien fuese que le horrorizara la alevosía, bien que viera dificultades en la realización del proyecto, bien que la enfermedad que entonces padecía el duque de Milan Francisco Sforza le sugiriera el pensamiento de sucederle en el ducado, como premio que el emperador no podia negarle por la revelación del secreto, decidióse á descubrir á Carlos todo lo que contra él se tramaba, deslizándose así, por querer huir de una traición, por una pendiente de no menos abominables alevosías.

Manifestósele el emperador informado ya de todo; y como quien indirectamente reprendía á Pescara lo tardío de la delación, y como quien le allanaba el camino de salvar aquella falta con nuevas pruebas de lealtad, le encargó que continuara tratando con los de la liga, y sondeándolos hasta arrancarles el secreto de todos sus planes. Pescara tuvo la flaqueza de aceptar la odiosa comisión de espía, además del papel abominable de traidor que antes no había acertado á rechazar. En desempeño, pues, de su nuevo oficio, citó un día á Moron para tener una conferencia en Novara. El canceller acudió á la cita sin ningun recelo. Allí hablaron de los medios de llevar adelante la conjuración, y Moron se explicó sin rebozo y con toda expansión y confianza. Compréndese cuál seria su asombro al verse sorprendido por Antonio de Leiva, que salió de detrás de una colgadura donde el de Pescara le había ocultado para que oyera la plática. En el mismo instante fué preso Moron y conducido al castillo de Pavia. Inmediatamente marchó Pescara con los imperiales contra el duque Francisco Sforza, que se hallaba enfermo en Milan, le declaró destituido á nombre del emperador, y le intimó la entrega de todas las fortalezas y ciudades de aquel Estado. Sabida por el duque la prision de su canceller, y viendo no quedarle remedio para otra cosa, accedió á hacer la entrega que se le pedía, reservándose solo los castillos de Cremona y Milan para seguridad de su propia persona.

No contento con esto el de Pescara, puso sitio al castillo de Milan, donde el doliente duque se había refugiado (1), y dió

(1) Al llegar aquí el obispo Sandoval en su historia dice: «De esta manera trató y llevó este negocio el marqués de Pescara, del cual hablan, como suele el mundo, los descubiertos y agravados mal por extremo, los contrarios bien, encareciendo su virtud, valor y lealtad hasta el cielo. » — Nosotros creemos que se obcecó en este punto el buen juicio del obispo historiador, como con frecuencia le acontece siempre que trata de algo favorable al emperador. La conducta de Pescara en este negocio no puede ser aplaudida por ningun hombre honrado, cuanto mas ensalzada hasta el cielo, porque en ningun tiempo es virtud emplear el dolo y la traición para perder á aquellos mismos de quienes se finge ser amigo y aliado, ni una tentación de deslealtad se puede lavar con una deslealtad efectiva. Y sentimos en el alma hallar esta mancha en la carrera hasta entonces tan brillante y gloriosa del marqués de Pescara.

aviso al emperador, rogándole mandara al duque entregar los castillos de Milan y Cremona, y á él le diera licencia para tomar las ciudades de Parma y Plasencia que tenia el papa. No tuvo por político todavía el emperador ni obligar al duque á la cesion de sus dos castillos, sino pedirle que se presentara personalmente á responder á los cargos, ni romper tampoco con el pontífice; antes bien, como el papa siguiera fingiéndose amigo del emperador, disimuló tambien Carlos por su parte. Era jugar á quien mas engañarse podia. El papa Clemente, para ocultar mas la trama, envió un legado á pedir al emperador en nombre suyo y de los príncipes y repúblicas de Italia, que si el duque de Milan sucumbia de su enfermedad, tuviese á bien poner en aquel Estado ó al duque de Borbon ó á don Jorge de Austria, hijo natural del emperador Maximiliano. Y Carlos, fingiendo tambien ignorar lo que el papa y los de la liga tramaban contra él, aparentó tener gusto en complacer al pontífice, y dió la investidura del ducado de Milan al de Borbon, que era á quien protegía con preferencia. La muerte del marqués de Pescara, ocurrida á poco tiempo de esto, dejó vacante otro importante puesto, el de general en jefe del ejército imperial de Italia, cuyo mando se apresuró tambien Carlos á confiar al de Borbon, que salió con este motivo de España (1).

Sucedió en esto la libertad de Francisco I, el cual no contento con eludir el cumplimiento del tratado de Madrid, segun dejamos ya indicado, desde Bayona mismo escribió al rey de Inglaterra, manifestándole lo agradecido que estaba á sus servicios, y aprobando el tratado hecho entre él y la regente de Francia su madre. Y como hombre sin escrúpulos, ó como si ningún lazo ni compromiso le ligara, dirigióse tambien al papa y á Venecia, exhortándolos á unirse para arrojar de Italia á los imperiales. El papa Clemente tampoco escrupulizó ya en aprobar la no ejecución del tratado de Madrid, y saliendo de su política vacilante y doble, se unió abiertamente con el francés contra el emperador (2). Venecia volvió á su antigua alianza con Francia, y el sitiado duque de Milan, Francisco Sforza, pedía con urgencia socorros al papa y al monarca francés.

En su virtud se firmó en Cognac (22 de mayo, 1526) una alianza, que se llamó *Liga Santa* ó *Liga Clementina*, entre Francisco I de Francia, el papa Clemente VII, la señoría de Venecia y el duque de Milan, contra el emperador Carlos V. El rey de Inglaterra, sin adherirse abiertamente á la liga, aceptó el título de protector de la confederacion, bajo la promesa de que habian de darle un principado en el reino de Nápoles despues de la conquista, y otro estado al cardenal Wolsey en Italia. Las principales bases del concierto eran que Carlos V habia de poner en libertad, mediante una cantidad que se ofrecia por el rescate, á los dos hijos del rey de Francia que tenia en rehenes, y poner á Sforza en tranquila posesion de Milan. De no hacerlo así, se comprometian los aliados á levantar un ejército de cuarenta mil hombres, cuyo contingente se señaló á cada uno, para arrojar á los imperiales del Milanesado, y acometer despues á Nápoles por mar y por tierra (3). Se intentó, aunque en vano, ocultar esta liga á la sagacidad del emperador. El pontífice, que tanto le debía, rompió ya todo miramiento, y en virtud de la facultad de atar y desatar, relevó al rey Francisco del juramento que habia prestado de cumplir la concordia de Madrid, y se atrevió á escribir al emperador diciendo: «Si queréis la paz, bien; sino, sabed que

(1) «Murió en la flor de su edad, dice Sandoval contando la muerte del marqués de Pescara: y si Dios le diera larga vida, fuera uno de los mayores capitanes que ha tenido el mundo... Fué de muy apacible condicion, y aficionado grandemente á los españoles como verdadero español, castellano viejo, porque era biznieto por línea de varon de don Ruy Lopez de Avalos el Bueno, condestable de Castilla, que en los tiempos turbados del rey don Juan el II por falsas informaciones que el rey tuvo de él, se hubo de salir del reino perdiendo sus estados.»—Sucedió á Pescara en los suyos su sobrino el marqués del Vasto.—Sandoval, Hist. de Carlos V, libro XIV, párr. 27.—Diego de Fuentes, Historia del marqués de Pescara.

(2) Correspondencia del Cardenal de York; Coleccion de documentos sobre Francisco I, núm. 258.—Negotiat. Diplom. tom. II, pág. 656.

(3) Recueil des traités, tom. II.—Sandoval inserta el texto del tratado, lib. XV, párr. 3.

no me faltarán armas ni fuerzas para libertar la Italia y la república cristiana.»

Resuelto Carlos á no ceder un ápice en lo comprendido en el tratado de Madrid, y sobre todo á no escuchar proposicion alguna contraria á lo estipulado respecto á la restitucion absoluta de la Borgoña, envió al virey Lannoy y á Fernando de Alarcon á intimar al rey de Francia, ó que cumpliera la concordia en todas sus partes, ó que se restituyera á la prision de Madrid, conforme se habia obligado. Tan inútil como era la demanda del emperador fué pueril el medio que buscó Francisco para eludirlo. Mandó comparecer á la presencia de los embajadores á los representantes de los estados de Borgoña, y les manifestó el compromiso en que con el emperador se hallaba. Ellos contestaron, como era natural y se suponía, que si el rey habia condescendido en desmembrar el reino y entregarlos á una potencia extranjera, ellos estaban resueltos á morir con las armas en la mano antes que consentirlo. «Ya lo veis, dijo Francisco volviéndose á los embajadores, me es imposible cumplir el tratado.» Y ofreció, en equivalencia á la restitucion de la Borgoña, dos millones de escudos. Lannoy y Alarcon no eran hombres para dejarse engañar por el artificio cómico de Francisco y los borgoñones, y se retiraron asegurando que su señor no renunciaria una sola cláusula ni permitiría eludir un solo compromiso del tratado.

Irritado Carlos con la conducta de Francisco y del papa, desahogaba su enojo contra el primero llamándole soberano sin fe y sin honor, *lasche et méchant*, como él mismo le habia dado derecho á hacerlo en las pláticas confidenciales de Illescas; y amenazaba al segundo con su cólera, intimidándole además con apelar á un concilio general, anuncio que parecia recibir como una terrible conminacion el papa. Mas no se limitaba Carlos á simples amenazas y recriminaciones, sino que con su natural actividad se apresuró á reforzar el ejército de Italia, al propio tiempo que con maña y destreza, por medio de su embajador en Roma duque de Sessa, y de don Hugo de Moncada, interesaba en su favor la poderosa familia de los Colonas, y especialmente al que hacia cabeza de ella, el cardenal Pompeyo Colona, hombre tan hábil como ambicioso, rival y enemigo, aunque disimulado, del pontífice Clemente, como aspirante que habia sido á la tiara, y que conservaba todo el resentimiento de un pretendiente burlado.

Francisco no habia sido tan activo: los infortunios y los padecimientos le habian amansado, y ya no parecia el rey belicoso de otros tiempos. Dado á los goces tranquilos como quien los cogia á deseo, desconfiando de su fortuna en la guerra, y ávido de reposo, preferia negociar con el emperador esperando alcanzar por dinero la conservacion de la Borgoña y el rescate de sus dos hijos, que le importaba mas que la independencia de Italia. Así, en vez de corresponder con auxilios prontos y eficaces á las obligaciones contraidas en Cognac, respondia á las reclamaciones de los aliados con vagas promesas é interminables dilatorias (4). A duras penas y á fuerza de instancias pudieron lograr que una flota francesa al mando del tráfuga español Pedro Navarro partiera del puerto de Marsella, con la cual, unida á las naves de Venecia y del papa, dieron principio al sitio de Génova. Pero ya la inaccion de Francisco I habia comprometido á los confederados, y mas al duque Sforza, que apurado por los imperiales en el castillo de Milan y mal auxiliado por el duque de Urbino, general de los aliados, tuvo que entregarle al de Borbon que llegó con tropas de refresco (24 de julio), pudiendo él escapar é incorporarse al ejército aliado. De esta manera quedó el de Borbon poseedor del ducado de Milan, con que el emperador habia prometido investirle (5).

Habianse cruzado en este tiempo entre Francisco I y Carlos V proposiciones y respuestas, reclamaciones y negativas sobre el rescate de los dos príncipes que estaban en rehenes. Viendo Francisco la inflexibilidad del emperador, y despues de haber declarado al parlamento de Francia la nulidad del tratado de Madrid, circuló á todos los príncipes de Italia y

(4) Cartas del embajador de Venecia, obispo de Bayeux, al rey y á la reina madre.

(5) Guicciardini, lib. XVII.

Alemania un largo escrito titulado: «Apología contra la concordia de Madrid: *Apologia dissuatoria Madritica conventio-nis*.» Al cual contestó el emperador con otro todavía mas extenso, con el título de: *Respuesta á la Apología del rey de Francia*. Al propio tiempo escribía el pontífice Clemente al emperador dándole quejas, y el emperador se las volvia harto mas fuertes, recordándole sus beneficios, mostrándole cuán poco correspondia á ellos su comportamiento, y no dejando sin respuesta muy firme ninguno de sus cargos. Y no contento con esto, se dirigió el emperador al colegio de cardenales con pliego cerrado, que no habia de ver el pontífice, rogándole encarecidamente que si Su Santidad negase ó difiriese el concilio general, le señalasen ellos, pues veian los peligros en que la Iglesia estaba (1).

Pero otro golpe mas terrible descargó sobre el papa Clemente para hacerle arrepentirse de haber abandonado al emperador y afiliádose á la liga llamada Santa. El cardenal Colona, Moncada y el duque de Sessa, habian conducido tan hábilmente y con tal sigilo su conspiracion, que un dia, cuando mas desapercibido se hallaba el pontífice, y antes que pudiese tener aviso de ello, vió con sorpresa penetrar por las calles de Roma una hueste de tres mil hombres, españoles, napolitanos, y coloneses, con banderas desplegadas y apellidando «libertad.» Guiábalos don Hugo de Moncada. Sobresaltado y aterrado el pontífice, y sin que nadie se presentara á defenderle, huyó de su palacio y se refugió en el castillo de Sant-Angelo. Los soldados de Moncada saquearon el Vaticano, la iglesia de San Pedro, una parte del Burgo y las casas de los ministros mas adictos al papa. Vióse este atacado en el mismo castillo en que habia buscado asilo, y como careciera de bastimentos y de medios de defensa, apresuróse á pedir capitulacion á Moncada, que aseguraba no habia ido sino á apartarle de la liga y hacerle amigo del emperador, añadiendo que todo lo hacia forzado y con el buen deseo de la paz. Sin embargo impuso al Santo Padre las condiciones que le pareció, á saber: tregua por cuatro meses entre el emperador y el papa; que Su Santidad retirara el ejército que tenia en Lombardia; que perdonara á todos los coloneses, y aun los admitiera á su gracia y privanza, y que don Hugo se volveria con su tropa á Nápoles, como así lo verificó (setiembre, 1526), aunque con algun disgusto de los Colonas, satisfecho con haber intimidado al papa, y héchole separarse de la confederacion de una manera ciertamente nada diplomática ni respetuosa, pero directa y eficaz (2).

Coincidió la salida de las tropas pontificias del Milanesado, con arreglo á la capitulacion, con la llegada á Lombardia de un cuerpo de doce mil alemanes reclutados en favor del emperador, y mandados por el valeroso y acreditado Jorge Frundsberg, uno de los vencedores de Pavia; lo cual obligó al duque de Urbino, general de los aliados, á levantar el sitio de Génova, no haciendo despues sino un vano alarde sobre Cremona. Por otra parte el emperador habia tenido por conveniente enviar á Nápoles al virey Lannoy y á Fernando de Alarcon con siete mil españoles, que arribaron allá salvando el encuentro de las galeras del papa. En semejante ocasion dióle para su mal al pontífice la tentacion de quebrantar la tregua, procediendo abiertamente contra los coloneses, haciendo quemar y destruir en pocos dias catorce villas suyas, y excomulgando y privando de todas sus dignidades al cardenal Pompeyo Colona, contra lo capitulado con Moncada. Pidieron los Colonas favor al virey de Nápoles, que no pudo negársele como á amigos del emperador, y que por él habian padecido. Juntado pues el virey su gente con la de Colona, y con la de don Hugo de Moncada, autor de la quebrantada capitulacion, y á quien por lo mismo habia agraviado el papa, reunió un ejército de veinte mil hombres con el cual tomó el camino de Roma. Sospechó el pontífice que iba contra él, y se salió de la ciudad santa; si bien las tropas de la Iglesia fueron bastantes para

detener en su marcha al virey, fijando su campo cerca unos de otros en los límites de los Estados de Roma y Nápoles, fortificándose cada cual lo mejor que pudo por ser ya la entrada del invierno (fin de noviembre).

Otra mas furiosa tormenta se estaba ya formando en otra parte para descargar sobre la capital del mundo católico y sobre la cabeza del romano pontífice. Las tropas imperiales del Milanesado hacia tiempo que vivian del merodeo en el desgraciado país de Lombardia; esquilmada y agotada ya la tierra, sin pagas los soldados, sin recursos los jefes, empobrecidos los naturales, y hasta apurada la plata de los templos, entregábase la soldadesca á todo género de desmanes, y el condestable de Borbon tuvo que desplegar, para mantener su gente, un sistema de rigor, de violencia y de tiranía que acaso repugnaba á su genio. Los dueños mismos de las casas en que vivian eran puestos en tortura para ver de arrancarles hasta la última moneda, si acaso alguna les habia quedado. Muchos se suicidaban, y todos vivian en la miseria y en la desesperacion. El refuerzo de los alemanes aumentaba el número y la fuerza material, pero aumentaba tambien las dificultades para los mantenimientos. Era menester sacar de tan agotado país tal enjambre de consumidores, pero era necesario tambien para arrancarlos de allí satisfacerles algunos de sus atrasos, y halagarlos con la perspectiva de otro país donde se indemnizaran de sus escaseces (3). Entre los arbitrios que para esto discurrió el de Borbon fué uno el de vender la vida y la libertad al canciller Moron, preso en el castillo de Pavia y condenado á muerte, por precio de veinte mil ducados, con lo cual logró dos cosas, dar algunas pagas á su gente, y llevar á su lado un consejero experto y sagaz.

Merced á estos y otros recursos que á fuerza de ingenio ó de violencias proporcionaba el de Borbon, y al ascendiente que su carácter y su capacidad le daban sobre los soldados, logró sacar al famélico ejército de Milan, y dejando encomendada esta desventurada ciudad á Antonio de Leiva, púsose en marcha (últimos de enero, 1527), é incorporándose en el camino los lansquenets de Frundsberg, reunió así un ejército de veinticinco mil hombres, de paisés, de lenguas, de costumbres diversas, y aun de creencias distintas (4), mercenarios los mas, vendidos muchos, hambrientos de pillaje todos, sin artillería, sin bagajes, sin dinero, que marchaban bajo la fe de Borbon, mas bien que como soldados del emperador á quien no conocian. ¿Dónde se detendrá en su devastadora marcha esta bandada devoradora? En medio de los rigores de una estacion cruda caminaron los meses de febrero y marzo por paisés cortados de rios y de montañas, talándolo todo, y sufriendo las penalidades con la esperanza de un inmenso botín. Plasencia y Bolonia, protegidas por los aliados, se libraron de la tormenta, que iba á descargar mas lejos, porque ya Borbon se veia obligado á marchar adelante, empujado por sus mismos soldados, impacientes de hallar el botín y las riquezas que les habia ofrecido. Llegó ya el caso de apurárseles el sufrimiento, y de rebelarse abiertamente. Algunos capitanes que intentaron sosegarlos perecieron víctimas de su cólera, y el mismo Borbon tuvo que esconderse para librarse de sus primeros arrebatos. Al fin se apareció cuando los vió algo mas en calma, y usando de su particular habilidad para manejar los corazones y las voluntades de los soldados, logró persuadirlos de que sus esperanzas estaban próximas á cumplirse, y los alentaba con su ejemplo caminando á pié como ellos, y tomando parte en sus canciones y en las chanzonetas con que

(3) El emperador no solo no tenia un escudo que enviarle de España, sino que las córtes se negaban á otorgarle ningún subsidio extraordinario. En las que por aquel tiempo celebró en Valladolid obtuvo á su demanda las respuestas siguientes (13 de marzo): los caballeros le dijeron que si él mismo fuese á la guerra, cada uno de ellos le serviría con su hacienda y su persona, pero que darle dineros en córtes parecia ser cosa de tributos y pechos á que la nobleza no estaba obligada, y le suplicaban desistiese de pedirlos: los procuradores de las ciudades respondieron; que los pueblos estaban muy pobres, y les era imposible servirle con dinero: el clero contestó que cada uno con su hacienda propia le serviría lo mejor que pudiese, pero que como brazo de las córtes resistiria toda nueva imposicion.—Córtes de Castilla, 1527.—Sandoval, Hist. lib. XVI.

(4) Los alemanes de Frundsberg eran ya luteranos.

(1) Aquellos escritos, y la sustancia de toda esta correspondencia, que se conserva en el Archivo de Simancas, pueden verse en Sandoval, Historia de Carlos V, lib. XV.

(2) Paolo Jovio, Vita Pomp. Colonna.—Guicciardini, lib. XVII.—Sandoval y Robertson en la Historia de Carlos V.

buscaban alivio á sus trabajos, trabajos que procuraba también hacer mas tolerables permitiéndoles saquear las poblaciones y comarcas por donde transitaban (1).

Temió ya el papa Clemente que la tempestad fuera á descargar sobre Florencia ó sobre Roma, y temblando por la seguridad de ambas ciudades, vacilante y zozobroso sobre el partido que debería tomar, al fin se decidió á entrar en tratos con el virey Lannoy, con quien ajustó un concierto bajo las bases siguientes: tregua de ocho meses entre el ejército pontificio y el del virey; que los Colonas serian repuestos en todos sus bienes, empleos y dignidades; que él anticiparía setenta mil escudos para los gastos del ejército imperial de Lannoy, y que este iría á Roma para impedir que el de Borbon se acercara á Roma ni á Florencia. Con esto el papa se contempló ya seguro, y entregándose á una confianza imprudente y ciega, licenció todas sus tropas, no conservando mas que los suizos de su guardia (2). Lannoy, en cumplimiento del tratado, y de buena fe, á lo que se cree, envió un mensaje á Borbon haciéndole saber el concierto que tenia hecho con Su Santidad, pidiéndole que detuviera su marcha. Borbon, que se hallaba ya resuelto á llevar adelante su plan, y que estaba comprometido con sus soldados, contestó que él solo recibía órdenes del César. Pidióle Lannoy una entrevista, y Borbon la eludió, prosiguiendo su marcha hácia Florencia. Ni era ya dueño de contener el ímpetu de sus soldados. Florencia acababa de ser socorrida por el duque de Urbino, y entonces Borbon se decide á anunciar á sus tropas que donde las va á llevar es á Roma, donde les serán pagados todos sus atrasos, y los anima con el próximo saqueo á que va á entregar la ciudad eterna. Los soldados acogieron el anuncio con universal regocijo, y aclaman á Borbon con entusiasmo.

Cuando el pontífice suponía aun en Toscana el ejército imperial, quedóse asombrado de saber que tenia ya á Borbon casi bajo los muros de Roma (5 de mayo). Aun entonces confiaba en que un ejército sin artillería no era posible que se atreviera á acometer la ciudad, y limitó su defensa, y en verdad ya no tenia tiempo para otra cosa, á armar á los criados de los cardenales, á reunir los soldados licenciados y los artesanos de Roma bajo el mando de los *caporioni*, y á excomulgar á Borbon y á sus tropas: con esto pensaba poder defenderse, al menos hasta que llegaran los aliados. Pero no eran Borbon y los suyos gente ni á quien intimidaran aquellas censuras, ni á quien detuvieran aquellos débiles medios de defensa. Todos iban resueltos á no malograr tan penosa marcha, á indemnizarse de sus escaseces, á saciar su sed de botín, y á hacer memorable aquella jornada. Una densa niebla ocultaba sus movimientos hasta aproximarse al muro. Borbon se vistió un traje blanco sobre su armadura para que todos pudieran verle y distinguirlo de lejos. Dividió su ejército en tres cuerpos, uno de españoles, otro de alemanes y otro de italianos, y á cada uno les destinó á asaltar un lado de la muralla. «Ea, compañeros y hermanos, les dijo; vais á combatir á Roma, la cabeza del mundo y la dominadora de las gentes: ved que la honra del emperador está en vuestras manos, y espero que correspondereis á la fama que llevais de ser los mejores y mas bravos soldados que se conoce.»

Hecho esto, y dada la voz de asalto (6 de mayo), arrojáronse todos escala en mano á trepar por la muralla. Los primeros asaltadores caían casi todos al nutrido fuego de arcabuceria con que los recibían los veteranos y la guardia suiza del papa. Viendo esto el duque de Borbon, arranca una escala de las manos de un soldado, se adelanta á todos, «seguidme, compañeros!» les dice; clava la escala en el muro, y trepa por él denodadamente. Pero en este instante un tiro de mosquete le atraviesa el cuerpo, le derriba al foso, se siente herido de muerte, y manda que cubran su cuerpo con una capa para

(1) Hállase mas extensamente referida esta marcha devastadora en Guicciardini, Sismondi, Varchi, y en la Historia de los Frundsberg.

(2) El historiador Guicciardini, que se hallaba á la sazón en el ejército de los aliados como comisario general del papa, manifiesta que no pudo concebir la razon de una confianza y de una medida semejante en un hombre naturalmente desconfiado y tímido, como era el pontífice Clemente.—Guicciard. lib. XVIII.

que los soldados no le conozcan y no se desalienten. A los pocos momentos dejó de existir el condestable de Borbon, como si de intento hubiera buscado la muerte, para no oír los terribles anatemas que la Iglesia habia de lanzar sobre el autor del horrible atentado que se iba á cometer.

Ni se pudo ocultar su muerte á los soldados, ni estos desmayaron por verse sin general: antes creciendo su rabia y su coraje, se arrojaron como furiosos leones sobre el muro, los españoles al grito de *¡España, imperio!* y todos al de *¡Sangre, venganza!*, y muriendo y matando se apoderaron de las murallas; los lansquenetes alemanes arrancaron la artillería á los del papa, y abriendo paso á los españoles é italianos, deramaronse todos como rabiosos tigres por la ciudad degollando á los romanos con sus *caporioni*, y tiñendo sus espadas en la sangre de los doscientos suizos de la guardia del pontífice dentro de la iglesia misma de San Pedro. El papa huyó con algunos cardenales y los embajadores, del Vaticano á San Pedro, y de San Pedro al castillo de Sant-Angelo, que en otra ocasion no muy remota le habia servido de momentáneo y poco seguro asilo. Poca resistencia hallaron ya los vencedores para ir ganando y enseñoreando toda la poblacion: de seis á siete mil romanos habian perecido; y cuarenta mil soldados sin jefe, feroces, libertinos y codiciosos, cuarenta mil bandidos recorrían desafortadamente las calles, las plazas y los templos de la ciudad santa, robando, saqueando, violando y degollando, sin perdonar ni edad, ni sexo, ni estado, ni clase, y tratando con igual brutalidad á hombres y á mujeres, á cardenales y á sacerdotes, á nobles y á plebeyos, á ancianos y á niños, á casadas y á doncellas.

«Nos falta aliento, exclama al llegar aquí un historiador de nuestro siglo, para referir por menor tantos horrores. Atila, á la cabeza de sus hordas salvajes, habia respetado á Roma, defendida por la majestad de sus pontífices; Alarico y Genserico la habian saqueado dos veces; pero las devastaciones de los godos y de los vándalos no tuvieron este carácter de licencia ferocidad, este tinte de impía y burlesca rabia que se mostró en el saco de Roma. Reservado estaba al siglo de los Médicis dar un espectáculo que no habia visto el siglo VII: soldados ébrios de vino y de lujuria, cubierta la cabeza con una mitra, una estola en sus corazas, amontonando su botín en los templos, haciendo de los altares una mesa para sus orgías, un lecho para sus liviandades: cardenales, aun de los del partido del emperador, paseados en asnos por una soldadesca desenfrenada, abofeteados, torturados, obligados á comprar á precio de oro el resto de una vida que se les dejaba; conventos abandonados á la violacion y al pillaje; esposas ultrajadas á presencia de sus maridos, hijas deshonradas á los ojos de sus madres! Por lo demás, estas sangrientas saturnales duraron, no tres dias, sino ocho meses; bajo la licencia, la avaricia y la crueldad, lo que dominaba era el odio contra el pontificado. Los escándalos dados á la cristiandad indignada desde lo alto de la cátedra de San Pedro, las torpezas y los crímenes de Alejandro VI y de los Borgia habian dado su fruto: Roma y el pontificado, mirados con horror por la mitad de Europa, habian dejado de ser santos para el resto de ella. Mientras que los luteranos de Frundsberg proclamaban papa á Martin Lutero bajo los muros del castillo de Sant-Angelo, los españoles aplaudían las parodias burlescas de estos hugonotes que la Inquisicion hubiera quemado en Sevilla; ellos recogían con sus fatigadas manos las victimas que se les escapaban. Mas licenciosos que crueles, mas groseros que malvados, los alemanes se cansaban pronto de dar tormentos; hartos de vino y de lascivia, se dormían como muertos en los conventos de que habian hecho sus serrallos; pero los españoles eran desapiadados: habituados desde la infancia al espectáculo del dolor en las fiestas de la Inquisicion, parecia gozar mas en los suplicios que en el vino y la lujuria... (3).»

(3) El que hace esta triste descripción es Rosseew-Saint-Hilaire en el libro XXI, cap. 4, de su Historia de España.—En la Historia de los Frundsberg, de donde parece que lo ha tomado, se dice (fol. 114 v.): «Se ató á muchos cardenales, obispos y prelados, las manos á la espalda, y se los paseó por las calles hasta que pagaran su rescate. Los templos y los conventos fueron saqueados, se robó los vasos sagrados, los ornamentos

Tomó al fin el mando de las tropas imperiales, despues de la muerte de Borbon, el príncipe de Orange Filiberto de Chalons, francés y proscrito como aquel, que con gran trabajo pudo hacer que los soldados dieran alguna tregua al saqueo, y le siguieran y ayudaran á bloquear el castillo de Sant-Angelo. El papa conoció su error en haberse retirado donde otra vez ya se habia visto obligado á rendirse, pero esperaba que no dejarían de acudir los aliados á libertarle. Vana é ilusoria fué la esperanza del pontífice. Desde la torre del castillo pudo divisar las banderas del duque de Urbino que se acercaron á la ciudad; pero el de Urbino, enemigo de los Médicis, parecia haberse propuesto insultar la desgracia mas que socorrer al pontífice, pues sin otra demostracion se retiró so pretexto de ser la empresa peligrosa. El marqués de Saluzzo, al frente de una hueste francesa, se contentó con hacer otro alarde igualmente desdeñoso. Parecia que todos daban por muerto al papa y por muerta también la dignidad pontificia, y no pensaron sino en repartirse sus despojos. El de Urbino se apoderó de Perugia; el duque de Ferrara tomó á Módena, Malatesta á Rimini, y los venecianos á Rávena. Florencia aprovechó aquella ocasion para sacudir el dominio y gobierno de los Médicis, y restableció la república. El papa, abandonado de todos, tuvo que capitular, ó por mejor decir, tuvo que suscribir á las proposiciones que quisieron hacerle.

de las iglesias, etc. Todos los conventos fueron violentamente abiertos y despojados, las tumbas violadas, y se quitó al cadáver del papa Julio II un anillo de oro. Todos estos excesos fueron cometidos por españoles é italianos: los españoles especialmente se excedieron con las mujeres y las doncellas á la vista de sus padres y amigos. Los alemanes se contentaron con comer y beber, y con módicas contribuciones: pero los soldados andaban sin freno, como que no tenían jefes.»

«Se calcula (añade en el folio 115) en diez millones lo que se robó en objetos de oro, de plata y piedras preciosas.»—«Los lansquenetes se pusieron los birretes de los cardenales, se vistieron sus largas vestiduras encarnadas, y recorrieron así las calles montados en jumentos, haciendo así bufonadas y mojigangas...»

«Duró esta obra no santa (dice nuestro obispo Sandoval) seis ó siete dias, sin el primero, en que fueron hechas mayores fuerzas é insultos de los que aquí se puede decir. Todo esto padeció la triste Roma, y este fué el fruto que sacó Clemente VII por su mala y ambiciosa condicion, sin quererlo el emperador, ni pasarle por el pensamiento.»

Puede verse sobre el asalto y saqueo de Roma á Guicciardini, libro XXVIII.—Paolo Giovio, Vit. Colom.—Comentar. de capta urbe Rome.—La Hist. de los Frundsberg.—La de las Repúblicas italianas de Sismondi.—La de Nápoles, de Giannone.—La vida de Carlos V por Ulloa.—La Hist. de Italia, por Leo y Botta, lib. XI, c. 4.—Sandoval, Robertson y otros historiadores modernos.

En unas cartas escritas al canceller Gattinara por persona que se hallaba en Roma en aquel tiempo, y que se conservan en el Archivo de Simancas, se ven confirmados todos los horrores de aquel terrible saqueo. «Y no crea V. S. (dice entre otros muchos cuadros que presenta) que se pueden decir ni creer las crueldades que se han hecho y se hacen de cada dia si no se viese... que no ha bastado tomar los dineros y la ropa sino prendemos á todos para rescatarnos despues, y sacar á vender á las plazas á muchos hombres honrados, entre los cuales ha seido uno el obispo de Terrachina, que un tudesco abreviador y clérigo de cámara muy rico, que está para ser cardenal. Y cuando no habia quien los comprase ó rescatase, los jugaban á los dados, así á españoles como á tudescos é italianos, sin exceptar ninguna nacion ni calidad de persona.»—Dos fragmentos de estas cartas se insertaron en la Coleccion de documentos inéditos, tomo VII.

«Roma, dice Artaud de Montor en la Historia de Clemente VII, habia sido saqueada por los galos á los 372 años de su fundacion; por Alarico, rey de los godos, el 24 de agosto de 410 de la era cristiana; por Genserico, rey de los vándalos, en 455; por Odoacro en 467; por los ostrogodos en 536; por los godos en 538; por Totila, rey de los godos, en 546, y otra vez en 17 de setiembre de 548; por el emperador Constante II el 5 de julio de 663; por los lombardos en 750; por Astolfo, rey de la misma nacion, en 775; por los sarracenos de África en 896; por el emperador Arnolfo en 996; y por el emperador Enrique IV en 1084. Pero los excesos, las matanzas ejecutadas por el ejército de Carlos V, hicieron olvidar á los romanos la rapacidad de los bárbaros que la habian despojado.»

Obligóse el pontífice á pagar cuatrocientos mil ducados al ejército imperial; á entregar las ciudades de Parma, Plasencia, Ostia, y casi todas las plazas fuertes de la Iglesia, y á permanecer prisionero en el castillo hasta que se cumpliera la capitulacion. Hecho este asiento, el príncipe de Orange encomendó la guarda y custodia del pontífice á don Fernando de Alarcon, el mismo á cuyo cuidado habia estado la persona de Francisco I, siendo de este modo Alarcon el guardador de los dos mas grandes personajes que en muchos siglos se vieron en prision en Europa; que sin duda el que habia sido fiel carcelero de un rey fué considerado el mas digno de serlo del papa.

Deseábase saber cómo recibiría el emperador la noticia del sacrilego asalto y saqueo de Roma, escándalo de la cristiandad, cometido sin órden suya, pero perpetrado por tropas imperiales y por generales que proclamaban su nombre, y ejecutado por soldados católicos, precisamente cuando se acriminaba á Lutero y á los sectarios de la reforma sus desacatos y desmanes. La política que en esta ocasion adoptó Carlos V pareció el tipo de la que á su tiempo habia de seguir constantemente el primer hijo que le acababa de nacer. Carlos se mostró exteriormente muy apenado por aquel triste suceso. Escribió al pontífice dándole el pésame, y asegurándole de su cariño y ofreciéndole su amistad. Se vistió él, é hizo vestir á la corte de luto; mandó suspender los festejos públicos que se celebraban en España por el nacimiento de su hijo Felipe, diciendo que un pueblo cristiano no debe alegrarse cuando su pastor está encadenado; y ordenó que en todas las iglesias de sus dominios se hicieran rogativas públicas por la libertad del Santo Padre. Publicó además un manifiesto á todos los príncipes cristianos deplorando la catástrofe de Roma y la prision del papa, condenando las iniquidades cometidas por los suyos, protestando haberse hecho todo sin su voluntad ni consentimiento, y haberlo sabido con gran amargura, y declinando todo cargo y responsabilidad por tan infausto y abominable suceso (1).

Pero el soberano que mandaba hacer procesiones y rogativas públicas por la libertad del papa, no le redimía del cautiverio, y el que tanto lamentaba la prision del pontífice no daba órden á sus generales para que le sacaran de ella; atento, como habia hecho con Francisco I, á sacar el mejor partido que le fuese posible de su cautividad.

La muerte de Borbon fué tan sentida por el emperador como celebrada en Francia, donde por sentencia del parlamento fué anatematizada su memoria y borrado perpetuamente su nombre y rayadas las armas de su casa. Todas las circunstancias que concurrieron en el saco de Roma fueron tales, que no es maravilla que tan terrible acontecimiento fuera mirado como un rayo de la cólera divina, y como un castigo providencial. Tampoco extrañamos que la odiosidad de la Europa católica alcanzara á Carlos V por mas que él se sincerara. Ello es que la Italia entera pareció salir de su estupor para unirse por primera vez contra el príncipe de quien eran súbditos los saqueadores de Roma, y que la Francia y la Inglaterra, no obstante las protestas y las proposiciones de Carlos, se confederaron formalmente (18 de agosto) para rescatar al papa y á los dos príncipes franceses que estaban en poder del emperador; y para reponer á Sforza en el ducado de Milan, conviniendo en que pasaría á Italia un ejército francés al mando de Lautrec, costeado por la Inglaterra. Lo cual nos deja ya entrever otra nueva guerra europea, en que habrá de verse envuelto el emperador.

(1) Tenemos á la vista una copia de este documento, sacada del Archivo de Simancas (Estado Leg. núm. 1554), escrito en latin, y fechado en Valladolid á 31 de julio de 1527, no á 2 de agosto, como dice equivocadamente Sandoval.